



LA ECONOMIA DEL MUNDO: UNA VISION PARCIAL

David Ibarra
26 de enero de 2021

*A LA MEMORIA DE VICTOR L. URQUIDI
A LA PRESENCIA DE CLARA JUSIDMAN
EN EL CENTRO TEPOZTLAN*

Introducci3n

El mundo y su economía se encuentran abrumados por desacuerdos, tropiezos e inacci3n colectiva. El receso mundial de 2008-2009 fue apenas un llamado de atenci3n. Desde entonces no se ha recuperado la estabilidad anterior, la confianza polítca, ni asegurado ni identificados senderos seguros, compartidos, al desarrollo.

En parte, ello refleja el impacto de vacíos polítcos, de transformaciones estremecedoras, imperfectamente incorporadas a la arquitectura de las relaciones econ3micas universales. No hace mucho se derrumb3 el imperio soviético y con él lastensiones a veces

positivas en la contienda capitalismo-socialismo. No hace mucho, se dio la reconversión del sistema chino asumiendo una mezcla de sociedad de mercado y de dirigismo socialista gubernamental. Algo semejante ocurre en Europa Oriental al abrazar el capitalismo. En tiempos más próximos, la Unión Europea sufrió el Brexit, la separación del integracionismo europeo. Por su parte, el mundo transitó de un orden internacional presidido por la hegemonía norteamericana a una multiplicidad de centros de poder con inclinaciones distintas, a veces contrapuestas. Y, a la vez, la manera de generalizar la libertad de mercados trajo consigo sesgos distributivos concentradores del ingreso universal que se extienden a Rusia, China y Europa Oriental.

Sea como sea, se reafirmaron los nacionalismos y el poder de los estados atribuible a la cesión global de soberanía. Así se cumplieron objetivos internacionales como la liberalización de las balanzas de pagos, la estabilidad de precios, la austeridad en el gasto público, el aprecio a la inversión extranjera; metas todas que ganaron prelación, incluso frente a otras demandas. En contraste, no se ha afianzado todavía una mezcla sabia, ponderada, de objetivos internos de los países con los del orden transnacional.

En el sentido anotado, con audacia reformista, se crearon organismos económicos vigilantes del comportamiento de países y gobiernos, se borró el proteccionismo, se instituyeron bancos

centrales independientes, en una palabra, se unificaron los estilos y propósitos de las políticas económicas nacionales. Se dejó de lado la protección al empleo, a la salud pública, al medio ambiente, esto es, se dejaron parcialmente indefensas a las poblaciones ante calamidades que luego no se sabe bien a bien cómo remediar.

Es, por tanto, casi milagroso que los sistemas productivos mundiales se hubieran mantenido funcionando moderadamente bien hasta la crisis de 2008; y luego que hubieran iniciado una recuperación titubeante, clausurada por los efectos del coronavirus.

Formación de capital

A escala global es de anticipar una caída del producto mundial del 4%-5% en el 2020, acompañada de contracciones dramáticas del 7%-8% en las zonas industrializadas de Europa y singularmente profundas en los países en desarrollo.

El debilitamiento de la producción de algún modo repite lo que ocurre en la formación de capital. No se ha precisado si la retracción observada en la inversión obedece al agotamiento de los estímulos de la apertura de mercados, al descenso en la tasa de rentabilidad, a la concentración productiva, al decaimiento de las inversiones públicas. Entre 2000 y 2019 el ritmo de la inversión decrece en los países

desarrollados, seguidos por casi todas las economías medianas y pequeñas.

En suma, la tasa de crecimiento de la inversión mundial cae substancialmente del 4.4% al 2.1% entre los años extremos del periodo 2000-2019. Las firmas líderes de muchos países registran una tasa de inversión reducida (por ejemplo apenas del 10% de las utilidades en los Estados Unidos).

Comercio Internacional

Poco a poco el comercio internacional pierde lustre como impulsor del crecimiento. Se comienza a dudar de las estrategias exportadoras como medio casi único de hacer competitivas, eficientes y prósperas a las economías.

Como se dijo la integración de mercados fue la vía de homogeneizar las políticas nacionales, mediante la liberación de los movimientos de bienes o capitales y la formación de encadenamientos productivos, como medios económicos compartidos.

Entre 1986 y 2005, las transacciones comerciales internacionales se expandieron al 6.2% anual, empujando al producto mundial que crece menos al 3.6%. Pero agotado el impulso inicial y acentuados algunos problemas, la situación cambia. Desde ahí, el ascenso del producto universal fue de poco más del 3.4%, mientras el comercio

internacional alcanza sólo el 3.1%, esto es, se desvanece su impulso primario al crecimiento y se crean desajustes importantes.

Entre 2008 y 2019, los Estados Unidos acumulan un desajuste de 5.4 millones de millones de dólares, Reino Unido de 1.3, América Latina otro de 1.3. En contraste, Alemania generó un superávit de 3.0 millones de millones de dólares, China de 2.4, Japón de 1.7 y los países petroleros de 1.8.

Los desequilibrios comerciales conducen a estremecimientos financieros y políticos que obligan a los países deficitarios a endeudarse y, luego, a someterse a dolorosos ajustes. A su vez, los países superavitarios suelen reprimir salarios y consumir en aras de su competitividad internacional más allá de los diferenciales en productividad de su mano de obra y de sus capitales.

Esas desigualdades congelan la división internacional del trabajo y frecuentemente encierran a los países periféricos en actividades poco prometedoras. Tarde o temprano, déficits y superávits llevan a la restricción del comercio internacional, a que las naciones superavitarias acumulen reservas que significan menor demanda de bienes y servicios y una demanda acrecentada por valores financieros (deuda) de contrapartida.

Pese a su exitoso historial, el avance futuro de la interdependencia global posiblemente reciba menor prelación política. De un lado, se ahondan desequilibrios. En ello, no sólo cuenta la renuncia

norteamericana real o aparente al liderazgo económico mundial, sino sus limitaciones reales para seguir absorbiendo buena parte de los excedentes productivos de los países superavitarios.

Del lado de China, no se vislumbra un clima especialmente propicio a seguir dando preferencia unívoca al comercio internacional. Las tensiones externas crecen y auguran menor dinamismo mundial. En lo interno, China, después de un progreso espectacular, aborda una etapa de crecimiento más pausado, con menores necesidades de importación y de financiamiento del exterior.

Por razones económicas y políticas no es de esperar que los dos principales centros promotores del comercio internacional se vuelquen en esa dirección o puedan imprimirle el mismo impulso anterior. Quizás por causas diferentes, ambas naciones procuren afianzar su futura prosperidad por medios menos dependientes del entorno transnacional.

De su lado, la pandemia del coronavirus amplificó los desajustes al poner al descubierto debilidades estructurales del comercio internacional. Ese comercio, ya dañado por las crisis del 2008, ha sufrido contracción sustantiva en fechas recientes. Los perjuicios se han centrado singularmente en las cadenas productivas que absorben alrededor del 40% del intercambio.

En América Latina, durante los primeros cinco meses de 2020 el valor conjunto de exportaciones e importaciones cayó cerca del 18%.

Del lado de las importaciones la mayor contracción se observó en la adquisición de bienes de capital que compromete el futuro el desarrollo de las economías. En México las caídas del comercio exportador son aún mayores (-21%) debido a la reducción simultánea de ingresos provenientes de las manufacturas, el petróleo y el turismo. Estamos en recesión.

El entorno industrial

En buena parte del Primer Mundo y de muchas zonas de desarrollo intermedio se reduce el aporte de la industria al valor agregado. El crecimiento de la propia industria se debilita no sólo a partir de la crisis del 2008, sino desde tiempo atrás. Un tercer factor a notar es la cartelización industrial, el debilitamiento de la competencia al interior de muchos países.

La desindustrialización afecta menos a Japón, Alemania y otros países: (Dinamarca, Corea, China) por la combinación de recias políticas de crecimiento exportador y manufacturero.

El desplazamiento de grandes núcleos de oferta hacia al Oriente ha reducido el peso de los antiguos centros industriales comparativamente costosos y menos al día en materia tecnológica.

Históricamente la industria ha guarecido a la población trabajadora mejor remunerada y a las actividades de mayor eficiencia productiva. En consecuencia, la evolución del sector manufacturero

incide en la distribución del ingreso y, desde luego, en la productividad de las economías.

Se da un avance menor de la productividad del trabajo en los países de la OCDE que se comprime 50% de compararse el periodo 2010-2019 con los diez años anteriores a 2008. Además, la evolución de los sueldos y salarios quedó por debajo de las ganancias en productividad. Aquí reside otra causa de la declinación relativa de la participación del trabajo en buena parte del mundo.

Hasta hace poco, la marcha de la tecnología fue fiel a imperativos bélicos, económicos y comerciales, sin preocupaciones sobre todas sus consecuencias en la población.

Además, en algunas naciones, los mercados domésticos se hacen menos competitivos, las empresas más proclives a repartir dividendos y a adquirir acciones propias en vez de invertir. Asimismo, al servir al mundo, los imperativos tecnológicos y del tamaño óptimo de las producciones, eleva las barreras de entrada a los mercados, mientras los gobiernos por razones competitivas y políticas suavizan las normas antimonopolio.

Las finanzas

El sector financiero ha crecido como nunca en los últimos años, sin embargo, una década después de la crisis mundial de 2008,

todavía no se ha logrado prescindir de estímulos monetarios antirrecesivos. Se ha evadido la fase depresiva aguda, pero subsisten condiciones que hacen propensas a las economías a recaer en otra honda depresiva. No obstante el notable ascenso de las finanzas en el mundo, hay obstáculos, cuellos de botella críticos, significativos. Uno de ellos, reside en las deficiencias de los sistemas de pensiones, las tasas de interés tan bajas que hace necesario recurrir a las bolsas de valores y asumir los niveles correspondientes de riesgo o bien recargar las cuentas públicas.

La crisis en 2008 condujo al ascenso incesante del endeudamiento de los gobiernos del que no escapan los del Primer Mundo. El coeficiente deuda-producto sube más de 25 puntos en los Estados Unidos entre 2011 y 2020; en Japón se duplica el producto y en la zona europea, excepto Alemania, asciende con bastante celeridad. Otro tanto ocurre en los países en desarrollo intermedio, problema luego complicado, por la paralización parcial del intercambio internacional o por la pandemia del coronavirus.

El *quantitative easing* de los países avanzados ha sido una arma antirrecesiva importante al fortalecer la demanda y favorecer la liquidez del sistema financiero; cabe notar, sin embargo, que, en vez de vigorizar directamente el poder adquisitivo de la población, toma el camino indirecto de crear liquidez, abatir las tasas de interés y alentar el crédito mediante la compra por parte de los bancos

centrales de activos financieros. Se confía en que la banca acreciente el flujo crediticio y que empresas y familias estén dispuestas a gastar y endeudarse.

Frente a esto prevalecen condiciones favorables de otra crisis detonada en los países pobres. Al respecto, se multiplican los planteamientos que proponen desde el diferimiento del servicio de la deuda, hasta esquemas ambiciosos de compra de los pasivos de los países pobres por las economías superavitarias. A ese panorama se añade la marcada desigualdad en la distribución y la escasez del financiamiento al desarrollo que se comprime globalmente desde 2010.

La atención de la pandemia acelera el cambio en las estrategias de las naciones industrializadas. Al principio, se dio preferencia al uso de los instrumentos de la banca central, mediante la monetización de los déficits públicos; más adelante, se incluyó la compra de valores empresariales. En ese proceso, se abatieron las tasas de interés, incluso hasta tornarlas negativas con fines de estimulación monetaria o de reducción del servicio de la deuda gubernamental. Cabe admitir, sin embargo, que esas acciones pierden algo de su eficacia cuando las tasas de interés se aproximan a cero o se tornan negativas.

El retorno de la política fiscal

En circunstancias críticas, difíciles, los gobiernos recurrieron a la acción fiscal directa, cuando reducen los impuestos empresariales -recuérdese la reforma de Trump- o, sobre todo, cuando ampliando deficitariamente sus gastos.

En materia hacendaria, hay costos asociados a la globalización. La competencia llevada a los sistemas tributarios deviene en limitaciones a la progresividad impositiva e inclusive justifica desgravaciones. Ambas medidas persiguen dar incentivos a las empresas a lograr preferencias en la atracción de inversiones foráneas.

De su lado, las empresas transnacionales y los fondos financieros ubicados principalmente en los paraísos fiscales- poseedores de alrededor del 8% y el 10% de la riqueza de los países-, ocasionan cuantiosas pérdidas en los ingresos tributarios. En 2014, Zucman estimó la evasión tributaria de ese origen en 190 miles de millones de dólares anuales.

Con todo, la política fiscal recobró vida frente a los problemas que había dejado vivos la crisis de 2008. Ya en septiembre de 2020, gastos fiscales extraordinarios ya anunciados, suman algo menos del 10% del producto global. Los países industrializados con amplios espacios de acción económica y política comprometieron más o menos esa cifra. Los países en desarrollo siguen la ruta del Primer Mundo, elevan de inmediato sus apoyos fiscales alrededor del 6% del producto.

Entre 2012 y 2020 , los saldos de la deuda bruta de los gobiernos han pasado del 80% a casi el 100% del producto mundial con un brinco importante en el último año. Desde 2008, con la única excepción de Alemania, la deuda gubernamental de las zonas industrializadas crece más que su ingreso presupuestario. En el mundo en desarrollo esa deuda pasó del 37% al 62% y la correspondiente a las naciones menos desarrolladas del 29% al 48%.¹

Hasta hace poco, el ámbito de la política presupuestaria estuvo constreñido por las resistencias de impopularidad a elevar impuestos en circunstancias depresivas y sobre todo frente al temor de generar inflación. Sin embargo, al abatirse ésta última y acentuarse los premios al gasto, se abrazó la acción fiscal anticíclica, sin abandonar la de índole monetaria.

Empleo

Difícilmente podría exagerarse el impacto negativo de la combinación de las crisis sanitarias y de negocios sobre el mercado de trabajo. Los indicadores dibujan un panorama desolador que, en cierto sentido, prolongan las cifras declinantes.

¹Aun así, en Estados Unidos, en diciembre pasado, el presidente Trump obtuvo aprobación del Congreso para acrecentar en 935 miles de millones de dólares del gasto de emergencia. A ello se añadirá lo que resulte de la propuesta del nuevo Presidente Biden de 1.9 billones de dólares (trillones anglosajones) que servirán al mismo propósito y al de reactivar la economía norteamericana.

De acuerdo con la OIT(2019), 630 millones de trabajadores en el mundo vivían situación de pobreza moderada o extrema. El director del Programa Mundial de Alimentos sitúa en 270 millones de personas al borde de la hambruna. Los accesos al trabajo remunerado seguirán siendo escasos sin contar la elevada informalidad y la subutilización prevalente de la mano de obra.

A mayor abundamiento y descontando las coberturas diferentes de los sistemas de protección social, la distribución de los ingresos laborales es muy desigual sea entre hombres y mujeres, entre naciones industrializadas y atrasadas, entre regiones de cada país o entre zonas urbanas y rurales. Por supuesto, las disparidades con frecuencia van más allá de diferencias en productividad para descansar sobre el costo comparativo de la mano de obra.

En la práctica, la intensificación del intercambio y de la competencia internacional sacando provecho a las remuneraciones diferenciales de la mano de obra, ha restado poder político a los movimientos sindicales, como se observa en la cifra descendente de su membresía en buena parte del mundo.

Con el receso y la pandemia del coronavirus es de esperar deterioro ulterior del mercado de trabajo, manifiesto ya en los índices de desempleo, de subutilización de los trabajadores y del crecimiento de la ocupación individual nacida de iniciativas propias. Todo indica que el coeficiente de la participación de los trabajadores en la

población continúe su tendencia descendente (del 65% al 61% entre 2000 y 2020); que la tasa media de desempleo mundial brinque de la media de varios años recientes del 5%-6% a cerca del 8%-10%.

Como resultado, el peso de los sueldos y salarios de los trabajadores en el producto mundial continuará cayendo. Entre 1960 y 2012, la participación del trabajo en el producto norteamericano bajó aproximadamente del 62% al 58%, la de Inglaterra del 64% al 57%; la de Italia, del 70% al 53%; la de México del 44% al 28% (1940-2019).

A fin de ilustrar con más cercanía el problema analizado, valga mencionar algunas cifras latinoamericanas. En esa región, la desocupación en 2020 sumará a 11.5 millones de habitantes: la pobreza subirá 3.5%, esto es, afectará al 34% de la población trabajadora; el coeficiente de Gini que mide la desigualdad distributiva subirá mucho, 0.5 puntos. En resumen, ya se observa un serio deterioro en la calidad de la protección social y del empleo, cuya corrección tomará bastante tiempo.

Comentarios finales

Sea como sea, se ha avanzado en alejar las políticas de austeridad, así como en mover la división funcional entre Estado y mercado. Con todo, el cambio paradigmático es parcial. Se acepta que

el Estado asuma nuevas responsabilidades, se admite que familias y empresas reciban ayuda de emergencia. Pero ese gasto tiene carácter temporal, excepcional, no es parte permanente de un sistema institucional correctivo, favorable al empleo pleno.

Sin mucha previsión o detenimiento hemos asumido ideas y reglas de relevancia: que hoy necesitamos completar: una es la globalización incompleta, parcializada, donde los bancos centrales compiten con los gobiernos en la fijación de los objetivos económicos medulares; donde los imperativos del comercio y del orden económico internacional privan excesivamente sobre las demandas colectivas internas de los países.

Sin duda, hay exigencias imprescindibles de regulación de la convivencia económica universal. Pero uniformados, como se ha hecho, no se acierta a precisar correctores de la acumulación de desajustes institucionalizados que luego estorban la continuidad de la prosperidad mundial.

Si los arreglos globales favorecen poco a las políticas sociales de orden nacional y olvidan la meta del pleno empleo; si los mercados de trabajo prevalecen con una desorganización que poco ayuda a la igualdad; si el acomodo de las economías emergentes acota la industrialización de muchos otros países, lesionando a sus trabajadores mejor remunerados; si los objetivos del crecimiento son desplazados por la búsqueda en cualquier circunstancia de la

estabilidad de precios; si los esfuerzos centrales de gobiernos se dirigen más a remediar las crisis sucesivas que a asegurar prosperidad estable y compartida.

Entonces el crecido armazón institucional creado para ganar reales o supuestas ventajas económicas, deviene en estrategias con inclinaciones debilitadoras de la democracia. En pocas palabras, algunos desequilibrios no previstos o aceptados comienzan a erosionar la salud de la convivencia social y de las economías.

La raíz y razón de los sistemas democráticos es asegurar la armonía social; sin embargo, el predominio de medidas que permiten la formación de clases sociales plenas de privilegios y otras abandonadas, derrota por dentro las esencias democráticas.

Ante la crisis, hasta ahora, el camino preferido de los gobiernos líderes ha sido el de llevar a extremos extraordinarios las prescripciones antirrecesivas de siempre. Así se inunda de liquidez a las economías por la vía de la banca, del crédito y se incrementa sin parangón el gasto público, incluidos subsidios a empresas y grupos sociales. Ambas acciones son de aplaudir por marchar juntas, libres de prejuicios ideológicos por primera vez en mucho tiempo. Aun así, dejan de lado reformas necesarias -unas globales, otras nacionales- frente a la complejidad de las nuevas y viejas realidades.

Hasta ahora, son pocas las iniciativas que combatan de frente la desigualdad y al desorden de los mercados de trabajo. El malestar

social se manifiesta desde la concentración universal de la riqueza, el menor crecimiento o el desempleo crónico. Más aún, la actual situación recesiva tendrá un singular impacto maligno en los grupos de bajo ingreso de cada país y en los países más débiles. En síntesis, el mundo encuentra más y más dificultades para entenderse, suprimir prejuicios y ofrecer bienestar estable a todos. Tenemos una enorme tarea por delante incluida la reforma del orden económico internacional y casi la de un gran número de los países.